Hasta el Lunes

Cada tarde, a las seis y diez, el autobús se detenía frente a la misma marquesina. Él descendía con un maletín de cuero ya gastado; ella esperaba con un libro entre las manos y una bufanda de color distinto según la estación. Nunca hablaron. Apenas un cruce de miradas y un gesto de cortesía mientras uno cedía el paso al otro.

Con el tiempo, aquel instante de apenas unos segundos empezó a pesar más que el resto del día.

Él comenzó a elegir corbatas menos apagadas. Ella dejó de esconder la sonrisa tras las páginas del libro. Ambos fingían que era casualidad, aunque sabían exactamente a qué hora salir de casa para no perder aquel encuentro.

Los lunes, cuando el autobús se retrasaba, sentían una inquietud difícil de explicar. Los viernes, el "hasta el lunes" solo existía en sus pensamientos.

Pasaron los meses. Luego los años.

Un invierno, ella no apareció.

Él esperó inmóvil mientras el conductor cerraba las puertas tras él. Al día siguiente volvió a mirar la marquesina. Y al siguiente. Durante dos semanas, el asiento vacío donde solía verla le pareció un recordatorio insoportable de todo lo que nunca se había atrevido a decir.

Cuando por fin regresó, llevaba una férula en la muñeca y caminaba con cuidado.

Él bajó del autobús, dio dos pasos... y, por primera vez en años, no siguió su camino.

- Pensé que ya no volvería a verla.

Ella sonrió con una naturalidad que desarmaba.

- Yo pensé que nunca me hablaría.

Los dos rieron. Era una risa extraña, como si continuara una conversación interrumpida hacía mucho tiempo.

Desde aquel día compartieron el trayecto de ida y vuelta. Descubrieron que ambos enviudaron demasiado pronto, que los dos tenían una hija, que a los dos les gustaba el café negro y amargo y que los dos habían aprendido a convivir con el silencio.

Lo curioso fue comprender que ya se conocían.

Sabían cuándo el otro había tenido un mal día por la forma de caminar. Sabían reconocer el cansancio, la alegría o la preocupación en un gesto fugaz. Durante años habían aprendido a leerse sin palabras.

Una primavera, él dejó de bajar del autobús. Ella sintió un vacío conocido, pero esta vez no esperó. Preguntó al conductor, encontró la dirección y llamó a su puerta.

Cuando él abrió, con una pierna escayolada y cara de sorpresa, ella levantó una bolsa con café y dos cruasanes.

- No pienso dejar que volvamos a perder tanto tiempo.

Él sonrió.

Y comprendieron que el amor no siempre llega de golpe. A veces tarda años en recorrer la distancia que separa la puerta de un autobús de la persona que siempre estuvo esperando al otro lado.